

OBRA
PQ6541

.A1

V.2 1

t.1

1830



FONDO
PEDRO REYES VELAZQUEZ

PRÓLOGO. (*)

Al empezar el siglo XVIII tuvieron principio en España las calamidades de la guerra de sucesion. Apenas hubo descanso para celebrar con espectáculos alegres, en los primeros años del siglo, la coronacion de Felipe V, su casamiento con María Gabriela de Saboya, y el nacimiento de un Príncipe de Asturias. En tales ocasiones se representaron delante de los Reyes en el teatro del Buen Retiro, y despues al pueblo, algunas comedias de don Antonio de Zamora, gentilhombre de S. M., que florecia entonces entre pocos y oscuros autores, ninguno capaz de competirle. Habíase

(*) El prólogo de la edicion de París de 1825 empieza describiendo el estado de nuestro teatro á mediados del siglo XVIII. Despues don Leandro Moratin habia ampliado considerablemente el prólogo, añadiéndole las noticias relativas á la primera mitad del mismo siglo. En esta edicion se incluyen dichas adiciones, que ha franqueado generosamente á la Academia su antiguo y benemérito individuo don Vicente Gonzalez Arnao, á quien las dejó legadas su autor. (*Nota de la Academia.*)

propuesto por modelo las obras de Calderon, y es facil inferir hasta dónde llegarían los primores de quien solo aspiraba á imitar los ejemplos poco seguros de aquel dramático.

En sus zarzuelas ó comedias de música repitió Zamora iguales desaciertos á los que Candamo, Calderon y Salazar habian amontonado en las suyas, fábulas de absoluta inverosimilitud, estilo afectado, cespó, enigmático, lleno de conceptos sutiles y falsos, de empalagosa discrecion que no puede sufrirse. En las comedias historiales confundió los géneros de la tragedia, de la comedia y aun de la farsa, sin otro mérito que el de muchos rasgos de indocil fantasía, buen lenguaje y versos sonoros. Lo mismo hizo en las piezas mitológicas y en las de asuntos sagrados.

Cien años antes habia escrito el P. Gabriel Tellez (conocido bajo el nombre de Tirso de Molina) la comedia de *El burlador de Sevilla*, la mas á propósito para conmovier y deleitar á la plebe ignorante y crédula. Representada con aplauso en los teatros de España, pasó á los demas de Europa: en Francia se hicieron cinco traducciones de ella (mas ó menos libres) por Villars, Dorimond, Dumenil, Tomas Corneille y el gran Moliere. Goldoni, en el siglo anterior al nuestro, no se desdeñó de repetirla.

Los antagonistas del teatro no perdonaron los efec-

tos de una comedia tan perjudicial á las buenas costumbres, y hubo de sufrir, como era justo, una severa prohibicion. Zamora trató de refundirla, y conservando el fondo de la accion, la despojó de incidentes inútiles: dió al caracter principal mayor expresion, y toda la decencia que permitia el argumento, haciéndole mas agradable mediante la feliz pintura de costumbres nacionales con que le supo hermostear; y añadiendo á esto las prendas de locucion y armonía, conservó al teatro una comedia que siempre repugnará la sana crítica, y siempre será celebrada del pueblo.

Deseoso de agradarle, escribió Zamora la 1.^a y 2.^a parte de *El espíritu foletó*, en que por la intervencion de un duende festivo y revoltoso, hacinó prodigios y transformaciones, autorizando á los que despues, con menos gracia, inundaron el teatro de mágicos y diablos, que todavia le ocupan á despecho del sentido comun. En la comedia de *Don Domingo de Don Blas* confundió Zamora grandes intereses de Reyes y Príncipes con afectos comunes y situaciones de indecorosa ridiculez. La figura cómica de Don Domingo, bien imaginada y mal sostenida, hace reir no pocas veces; pero sus gracias mezcladas con intolerables descuidos, no dan una idea favorable del buen gusto de aquel poeta. Mayor mérito se reconoce en la comedia de *El hechizado por fuerza*, aunque no exenta de considerables imper-

fecciones. La acción está complicada con episodios inútiles, no verosímiles, y dirigidos únicamente á dilatar y entorpecer un mal desenlace. Unas veces habla don Claudio como un hombre de instrucción y talento, y otras como pudiera el más estúpido; no es fácil entender si toma de veras ó de burlas lo que están haciendo con él, si efectivamente piensa que está hechizado, ó si trata solo de engañar á los que intentan persuadirselo. Las situaciones cómicas, que son muchas, degeneran en triviales algunas veces: el estilo, si no siempre es correcto, siempre es fácil y alegre: la dición excelente, la versificación sonora, el diálogo rápido, animado, lleno de chistes.

Zamora no hizo otra cosa mejor, ni sus contemporáneos escribieron obra ninguna de mayor mérito. Murió hacia el año de 1740: compuso hasta unas cuarenta comedias, y en las que existen impresas se echa de ver que siguiendo las huellas de sus predecesores, muchas veces rivalizó con ellos; pero desconociendo los preceptos del arte, cultivó la poesía escénica sin mejorarla, y la sostuvo como la encontró.

Don Pedro Scoti de Agoiz, coronista de los reinos de Castilla, compuso por entonces algunas comedias y zarzuelas, en las cuales, si merece aprecio la facilidad de su versificación, no es de alabar la confianza con que se abandonó á la imitación de origina-

les defectuosos, acomodándose al gusto depravado de su tiempo.

Don Diego de Torres y Villarroel, catedrático de matemáticas y astronomía en la universidad de Salamanca, además de algunas zarzuelas de corto mérito, publicó una comedia intitulada *El hospital en que cura amor de amor la locura*, fábula de dos acciones, personajes y estilo tabernario, ninguna perfección que disculpe sus muchos desatinos. Tuvo aquel poeta grande celebridad en su tiempo, y no sin causa, pues aunque no conoció el estilo elevado de nuestra lengua, supo desempeñar en sus obras prosáicas con gracia y facilidad los asuntos familiares y humildes; pero el corto paso que parece que hay de esta clase de escritos al tono y expresión de la buena comedia, no supo darle. No fue bastante su talento á inventar una fábula regular: con todo el conocimiento que tenía de los vicios y ridiculeces comunes, no supo trazar un solo carácter, ni dar unidad ni interés á su obra; quiso enredarla y la embrolló, quiso hacerla muy graciosa y resultó chavacana y sucia. Con menos facilidad todavía ejerció su pluma don Tomás de Añorbe y Corregel, capellán de las monjas de la Encarnación de Madrid, en unas diez y ocho ó veinte comedias que dió á luz, en las cuales nada se encuentra que merezca elogio ni perdón. Si hay alguna de sus piezas que pueda citarse como

la peor, es sin duda *El Paulino*, que el autor se atrevió á llamar tragedia, y de la cual hablaron Luzan y Montiano con el desprecio que merece. Aun suponiéndole ignorante de la lengua francesa, bien pudo haber visto el *Cinna* de Corneille, que habia traducido con inteligencia y publicó en el año de 1713 don Francisco Pizarro Picolomini, marqués de San Juan. Allí hubiera podido á lo menos sospechar lo que es una tragedia; pero de nada sirven los ejemplos á quien no los quiere seguir.

Por entonces el ilustre benedictino Feijoo, animado del ardiente anhelo de ilustrar á su nacion disipando las tinieblas de ignorancia en que se hallaba envuelta, se atrevió á combatir en sus obras preocupaciones y errores absurdos. Es admirable el generoso teson con que llevó adelante la empresa de ser el desengañador del pueblo, á pesar de los que aseguran su privado interes en hacerlo estúpido. Con la publicacion de sus obras facilitaba el camino de un modo indirecto á los autores dramáticos para exponer en el teatro á la risa pública las prácticas supersticiosas, las opiniones funestas que habian autorizado la falsa filosofía, la equivocada política, la credulidad y la costumbre; pero no habia poetas capaces de seguirle, ni de aprovecharse de las luces de su doctrina.

Los autores del estimable periódico intitulado *Dia-*

rio de los literatos de España, examinaban con juiciosa crítica las obras que entonces se publicaban; sostenian los principios mas sólidos del raciocinio y del buen gusto, y trataban de encaminar hácia la perfeccion, en cuanto les era posible, la literatura nacional. Su fatiga no fue muy larga, y hubieron de abandonar el empeño por falta de lectores y de agradecimiento público.

La Academia española, establecida á imitacion de la francesa con una organizacion igualmente defectuosa, vencida en gran parte aquella lentitud que es inherente á esta clase de cuerpos literarios, atendia con laudable zelo á la formacion del Diccionario de nuestra lengua; pero no pudo por entonces dirigir sus tareas á otros objetos, ni contribuir á los progresos de la oratoria y la poesia: su influencia no pasó mas allá del salon en que celebraba sus juntas.

En las escuelas se enseñaban á la luz de la antorcha de Aristóteles, teología, cánones, leyes y medicina, sin el auxilio de la filosofía, sin el de la historia, sin el de la política, sin el de las matemáticas, sin el de la física, sin el de la erudicion, sin el de las lenguas doctas, sin el de las letras humanas. Nada de esto se sabia, porque nadie lo podia enseñar, y nadie solicitaba aprenderlo. *Todas las cátedras de las universidades* (dice Torres) *estaban vacantes, y se padecia en ellas una infame ignorancia. Una figura geométrica se*

miraba en este tiempo como las brujerías y las tentaciones de san Anton, y en cada círculo se les antojaba una caldera donde hervían á borbollones los pactos y los comercios con el demonio. . . . Pedí á la universidad la substitution de la cátedra de matemáticas, que estuvo sin maestro treinta años, y sin enseñanza mas de ciento y cincuenta. Si esto sucedía en el mas célebre de nuestros gimnasios, ¿cuál debía ser el estado de las buenas letras, el gusto crítico, la amenidad y correccion de nuestra poesía, la cultura de nuestra escena miserable?

Don Ignacio de Luzan, hijo de una ilustre familia de Aragon, educado en Italia, discípulo de los mas acreditados profesores que florecían en ella, adquirió con el estudio, el trato y el ejemplo conocimientos científicos y literarios que en España no hubiera podido adquirir. Este erudito humanista dió á luz en Zaragoza en el año de 1737 una poética, la mejor que tenemos. Celebrada de los muy pocos que quisieron leerla, y se hallaban capaces de conocer su mérito, no fue estimada del vulgo de los escritores, ni produjo por entonces desengaño ni correccion entre los que seguían desatinados la carrera dramática.

El ministerio, ocupado exclusivamente en buscar dinero para sostener la sangrienta guerra de Italia, no podía aplicar su atencion ni extender sus liberalidades en beneficio del teatro. Las flotas no salían de los puer-

tos de América: lo que producían las contribuciones todo se consumía en formar ejércitos y conducirlos á la pelea: la administracion interior se desatendía: los sueldos de los innumerables empleados no se pagaban: los magistrados de las cámaras de Castilla é Indias, despues de haber vivido en la escasez y aun en la miseria, se enterraban de limosna en Recoletos. El pueblo era el único protector de los teatros; el premio que obtenían los poetas, los actores y los músicos, se cobraba en cuartos á la puerta: no es mucho que unos y otros procurasen agradar exclusivamente á quien los pagaba, y hablarle en necio para asegurar sus aplausos.

Eran los teatros unos grandes corrales á cielo abierto con tres corredores alrededor, divididos con tablas en corta distancia que formaban los aposentos: uno muy grande y de mucho fondo enfrente de la escena, en el cual se acomodaban las mugeres; debajo de los corredores habia unas gradas: en el piso del corral hileras de bancos, y detras de ellos un espacio considerable para los que veían la funcion de pie, que eran los que propiamente se llamaban mosqueteros. Cuando empezaba á llover, corrían á la parte alta un gran toldo: si continuaba la lluvia, los espectadores procuraban acogerse á la parte de las gradas debajo de los corredores; pero si el concurso era grande, mucha parte de él tenia que salirse, ó tal vez se acababa el

espectáculo antes de tiempo. La escena se componia de cortinas de indiana ó de damascos antiguos, única decoracion de las comedias de capa y espada: en nuestra niñez hemos oido recordar con entusiasmo á los viejos *aquel romper de cortinas de Nicolás de la Calle*. En las comedias que llamaban de teatro ponian bastidores, bambalinas y telones pintados segun la pieza lo requeria, y entonces se pagaba mas á la puerta. Como la comedia se empezaba á las tres de la tarde en invierno, y á las cuatro en verano, ni habia iluminacion ni se necesitaba.

El primer teatro que adquirió una forma regular fue el de los Caños del Peral, en donde muy á principios del siglo se hicieron algunas óperas, y despues comedias italianas por una compañía que llamaron de los Trufaldines. El marqués don Anibal Scoti, mayordomo mayor de la reina Doña Isabel Farnesio, hizo varias obras de consideracion en aquel teatro por los años de 1738, dándole mayor comodidad y ornato, y en él continuaron los italianos por algun tiempo haciendo sus farsas de representacion y de música. Este ejemplo estimuló á la autoridad á construir de nuevo dos teatros en el sitio de los dos corrales, que por espacio de siglo y medio habian sido indecente asilo de las musas españolas. El de la Cruz (alterando en algo los planes que dejó hechos don Felipe Jubarra)

se concluyó en el año de 1743; y el del Príncipe, dirigido por don Juan Bautista Sachetti (de quien era entonces delineador don Ventura Rodriguez) quedó acabado en el año de 1745, y se estrenó con la zarzuela intitulada *El rapto de Ganimedes*.

Esta plausible novedad que dió á la corte unos teatros regulares y cómodos, nada influyó en todo lo demas relativo á ellos: siguieron las cortinas, y el gorro y la cerilla del apuntador, que vagaba por detras de una parte á otra: siguió el alcalde de corte presidiendo el espectáculo, sentado en el proscenio, con un escribano y dos alguaciles detras: siguió la miserable orquesta que se componia de cinco violines y un contrabajo: siguió la salida de un músico viejo tocando la guitarra cuando las partes de por medio debian cantar en la escena algunas coplas llamadas *princesas* en lenguaje cómico. La propiedad de los trages correspondia á todo lo demas: baste decir que Semíramis se presentaba al público peinada á la papillota, con arcaadas, casaca de glásé, velos angelicales, paletina de nudos, escusalí, tontillo y zapatos de tacon. Julio Cesar con su corona de laurel, peluca de sacatrapos, sombrero de plumage debajo del brazo izquierdo, gran chupa de tisú, casaca de terciopelo, medias á la virulé, su espadin de concha y su corbata guarnecida de encages. Aristóteles (como eclesiástico) sacaba su

vestido de abate, peluca redonda con solideo, casaca abotonada, alzacuello, medias moradas, hebillas de oro y baston de muletilla.

Con estos avíos se representaban las comedias antiguas y las que diariamente se componian de nuevo. El número de poetas crecía en proporcion de la facilidad que hallaban para escribir, habiendo reducido á dos axiomas toda su poética: 1.º que las obras de teatro solo piden ingenio: 2.º que las reglas observadas por los extrangeros no eran admisibles en la escena española.

Autorizado con estas libertades, compuso algunas comedias don Eugenio Gerardo Lobo, capitan de guardias españolas, que habiendo servido en las guerras de Portugal é Italia, se hizo estimable por su inteligencia y su valor, y llegó á obtener distinguidos honores en la milicia. Facil y gracioso versificador en el género burlesco; hinchado, obscuro y retumbante en el sublime, y en uno y otro conceptista sutil, equivoquista y amigo de retruécanos miserables. Solo hay de él dos comedias impresas: la que intituló *El mas justo Rey de Grecia*, estriba en un vaticinio de Apolo que puntualmente se verifica. A veces quiere imitar la de *El esclavo en grillos de oro*; pero tenia menos talento que Candamo, y quedó muy inferior á su original: el gracioso llamado *Veleta*, es de lo menos gracioso que pue-

de verse. En cuanto á historia y costumbres, mil desaciertos, ningun asomo de regularidad dramática. Algunos pasages estan escritos con bastante facilidad y decoro, otros desaliñados, otros de estilo enigmático y gigantesco. La de *Los mártires de Toledo y tejedor Palomeque* no es mejor. Cuchilladas, devocion, resistencias á la justicia, zelos, apartes, escondites, salir y entrar sin saber á qué, requiebros, locuras, chocarrerías, bravatas, naufragio, martirio, bautismo ridículo. La escena es en Toledo, en Málaga y en Argel. El estilo desigual, nunca oportuno, á veces energúmeno, á veces ratero y chavacano.

Un sastre llamado don Juan Salvo y Vela, eligiendo el camino mas breve de agradar al patio mediante el auxilio de los contrapesos y las garruchas, publicó la comedia de *El mágico de Salerno Pedro Vayalarde*, y tanto aplauso tuvo, y tanto le solicitaron los cómicos y los apasionados, que dió libre curso á la vena poética; y en otras cuatro comedias que escribió con el mismo título, amontonó cuantos disparates le pidieron y algunos mas. Compuso despues un auto y varias comedias de Santos, todo por el mismo gusto, adquiriendo general estimacion entre las mugeres, los beatos y los muchachos.

Don Francisco Scoti de Agoiz, caballero de campo de S. M., heredó de su padre (de quien se ha he-

cho mencion anteriormente) la inclinacion á la poesia dramática, y compuso algunas comedias que se representaron en los teatros públicos, pero en nada contribuyó á mejorarlos: tales son las que se conservan impresas, que aun son inferiores á las de su padre.

Entre estos autores de inferior mérito sobresalia don José de Cañizares, infatigable escritor de comedias, que supo imitar en las suyas, si no todos los aciertos, toda la irregularidad de las antiguas. No tuvo talento inventor, pero llegó á suplir esta falta con una particular habilidad que manifestó para saber introducir en sus fábulas cuanto habia leido en las otras: este fue su mayor estudio. Apenas se hallará en sus comedias una situacion de algun interes, sin que facilmente pueda indicarse el autor de quien la tomó. A esto añadió de su parte un diálogo animado y rápido, un buen lenguaje, y un estilo en los asuntos heróicos cespso, metafórico y altisonante, y en los comunes y domésticos festivo, epigramático, chisposo, si asi puede decirse. En los versos cortos tuvo mucha facilidad, pero en los endecasílabos era tan desgraciado, que mereció la censura de Jorge Pitillas, cuando los llamó *ramplo-nes y malditos*. En los últimos años de Carlos II ya escribia para el teatro. Fue despues fiscal de comedias (que este nombre se daba entonces al encargo de censor), y existen aprobaciones suyas desde el año de 1702

hasta el de 1747. Durante la guerra de sucesion fue capitán de caballería, y retirándose del servicio, el duque de Osuna su protector le colocó en la contaduría de su casa. Aún existe la que habitaba en la calle de las Veneras, y en ella murió de avanzada edad poco antes del año de 1750.

Corren impresas unas ochenta comedias suyas, y como no todas las que escribió se imprimieron, puede inferirse que el número de ellas fue muy considerable. Compuso zarzuelas, comedias de figuron, de enredo amoroso, historiales, mitológicas, de Santos, de valentías, de magia; no hubo argumento que él no aplicase al teatro. Si se consideran únicamente aquellas en que mas se acercó á la buena comedia, no es posible disimular que en las de figuron excedió los límites de lo verosimil, recargó los caracteres, mezcló muchas gracias y situaciones verdaderamente cómicas con infinitas chocarrerías, y á cada paso adoptó los recursos de una farsa grosera. En las que se propuso por objeto una pasion amorosa, valiéndose de anécdotas y personajes históricos (como en las de *El rey Enrique el enfermo: Si una vez llega á querer, la mas firme es la muger: El picarillo en España*, y otras de este género), la composicion de la fábula no es intrincada ni fatigosa; y con la mucha práctica y facilidad que tenia el autor para los versos octosílabos, introdujo escenas de